

gracia a los vestigios de su tradición milenaria. Si la nueva estructuración política china, el culto "celestial" al líder de la revolución de 1949, Mao Tse-tung, y otras cuestiones, son una forma travestida de las antiguas formas, queda al lector decidirlo a partir de la información existente sobre la China contemporánea.

Alberto Ruz y Andrés King

SALOMÓN, JEAN-JACQUES. *Ciencia y política*, México, Siglo XXI Editores, 1974, 277 pp.

Jean-Jacques Salomon define la ciencia (las ciencias) como una actividad, como una práctica: "la ciencia es la actividad a la que se entregan los investigadores —científicos, ingenieros y técnicos— en el marco de los conocimientos, métodos, procedimientos y técnicas sancionados por la experimentación y la comprobación" (p. 2). Así, el tema central de este trabajo se sitúa de entrada en el campo de las relaciones entre saber y poder: ¿por qué y para qué el poder utiliza a la ciencia como un medio, y en qué forma el saber considera al poder como su instrumento?

Para Salomon, la ciencia, en especial a partir de la Segunda Guerra Mundial, depende cada día más del poder público. De acuerdo con Galbraith (*El nuevo Estado industrial*), Salomon afirma que los gastos en investigación de los países desarrollados, así como el número de investigadores, han aumentado de manera considerable, lo que refleja una mayor intervención del poder en el terreno de la ciencia. Las decisiones políticas influyen sobre la ciencia y la ciencia influye sobre las decisiones políticas. Esta nueva relación entre deber y poder ocurre en un espacio determinado que el autor denomina (también, sin duda, siguiendo a Galbraith en su conocido concepto de *tecnocultura*) tecnocultura: "En este espacio, la ciencia se realiza como una técnica entre otras más, es la manipulación de las fuerzas naturales bajo el horizonte de las decisiones políticas, siendo a la vez fuente de problemas nuevos para el poder y tributaria de los objetivos que este último se propone alcanzar" (p. 42). En la tecnocultura, los científicos se dan cuenta de que su trabajo no es neutro y que aun los temas y los métodos científicos se ven envueltos en el tejido ideológico del poder.

Salomon considera que la relación entre ciencia y poder es de naturaleza idéntica en todos los países: "la tecnocultura es un fenómeno universal que no está inscrito en las características de las naciones o de los regímenes políticos, sino en el proceso contemporáneo de industrialización" (p. 13).

Esta relación no ha sido siempre la misma. Según Salomon, hasta la revolución científica del siglo XVII la ciencia no ofrecía aplicaciones prácticas, y en consecuencia el poder no tenía cómo aprovecharse de ella o de intervenir en su realización. El carácter experimental de la ciencia abrió el camino a la unión de intereses y objetivos entre saber y poder; es decir, a una creciente adaptación de la investigación científica a los requerimientos del Estado.

Salomon concluye, tras un rico examen del funcionamiento

del "sistema de la investigación", que la asignación de recursos a la ciencia por parte de los gobiernos tiende a decrecer después de los últimos veinticinco años de opulencia. La investigación científica se ha convertido en un trabajo organizado y, por tanto, debe obedecer a los imperativos de eficacia de los demás trabajos. Como los resultados de la investigación son imprecisos los gobiernos no quieren ya arriesgar más que en aquellos campos que sirvan, directamente y en plazo breve, a sus objetivos inmediatos. Ante esta situación, Salomon ofrece un panorama desolador para los científicos: su destino será proletarizarse a la vez que se profesionalizan; la "superproducción" de científicos hará de la actividad de investigación un "trabajo entre otros".

¿El futuro pinta mal para la ciencia? No, porque Jean-Jacques Salomon distingue entre "científicos" y *sabios*. "La idea de sabio proviene de una concepción de la investigación que recusa a aquello en lo que ésta se ha convertido como actividad productora en nuestros sistemas industrializados, en nombre de lo que tendía a ser como ideología del conocimiento en los sistemas preindustriales" (p. 263). "El científico es un agente de la producción; el sabio... es una *figura de la cultura*" (p. 263). Así, todo está a salvo: la Ciencia con mayúscula y los individuos; el Individuo único que piensa para la humanidad, el Sabio.

El discurso de Salomon no se sostiene, pese a sus innegables aciertos (sobre todo la descripción del funcionamiento de las relaciones entre industria militar e investigación científica en la sociedad norteamericana), porque olvida precisamente, en los hechos, la realidad, la sociedad y la historia a las que se refiere tan sólo en forma anecdótica. En la sociedad, la adquisición de conocimientos es un camino hacia la adquisición del poder. La conciencia de conocer se identifica con la conciencia de poder. Conocer es darse cuenta de que se *sabe hacer*: la cultura, la ciencia, es siempre un poder.

Pero el poder es precisamente un problema político. Así, la ideología de la clase capitalista proclama siempre la "necesidad" de la adaptación y limitación de las demandas culturales de acuerdo con los intereses económicos del sistema: la creación y la difusión culturales "deben" someterse al mercado de la cultura; la enseñanza "debe" ser selectiva y asegurar la formación y adiestramiento de una élite eficaz indispensable para la dirección de los negocios; la investigación científica "debe" ser "rentable", etcétera. La concepción de las fuerzas democráticas es radicalmente distinta (y éste es el punto de vista que "olvida" Salomon) y se basa en la necesidad de una política cultural en beneficio de toda la sociedad, definida y establecida por toda la sociedad.

La ciencia es un fenómeno claramente enlazado con las relaciones de producción. En una sociedad dividida en clases, la clase dominante asigna a la ciencia, entre otras, la función de consolidar su predominio a través del poder que otorga el saber. La burguesía se apropia las diversas actividades científicas (o culturales) para convertirlas en un signo de privilegios de clase y en un instrumento de eliminación y segregación sociales.

La ciencia contribuye a un mayor conocimiento y dominio del hombre sobre sí mismo y sobre la naturaleza. Representa, además de un saber determinado, un campo de actividades

en el que se manifiesta la capacidad creativa del hombre. Por ello, aunque la política y la ciencia no cumplen funciones idénticas, es inconcebible una actividad coherente en el campo de la ciencia que no desemboque de manera necesaria en posiciones políticas. La democratización del saber requiere una previa democratización de toda la sociedad.

Jaime Goded

CARRIÓN, JORGE y ALONSO AGUILAR. *La burguesía, la oligarquía y el Estado*, México, Ed. Nuestro Tiempo, 1972.

Bajo el título de *La burguesía, la oligarquía y el Estado*, se reúnen dos ensayos en cierto modo complementarios: "La Burguesía Nacionalista Encadenada", de Jorge Carrión y "La Oligarquía", de Alonso Aguilar. Estos textos resultan complementarios en el sentido de que el primero sirve de marco general al segundo: mientras que el estudio de Carrión pretende dar las características generales de la clase dominante en México, el de Aguilar analiza y corrobora, enfáticamente, la existencia de una fracción específica de ésta.

Así, las hipótesis y afirmaciones que merecen especial interés son las de Aguilar, ya que en ellas está cristalizado un enfoque particular de la estructura económica y de las clases sociales del México contemporáneo. Por esto mismo, sólo haremos una breve mención del ensayo de Carrión.

En "La Burguesía Nacionalista Encadenada", el autor plantea tres hipótesis básicas que, como decimos, sirven de marco general a las de Aguilar. Estas hipótesis son las siguientes:

a) La característica fundamental del desarrollo económico de México, desde la Colonia hasta nuestros días, es la dependencia. De la dependencia colonial a la dependencia del imperialismo, que marca al país con el signo fatal del subdesarrollo, nuestra estructura económica y social solamente atravesó por una fase transitoria de reajustes al capitalismo, etapa representada por el periodo que abarca de la Independencia al triunfo de la Reforma Liberal.

b) En el horizonte estructural del subdesarrollo, lo que surge en México es una clase "dominante-dominada"; es decir, una burguesía nacional que explota y somete políticamente a los trabajadores del país, pero que se desarrolla como clase subordinada al imperialismo.

c) A pesar de que algunas fracciones de esta burguesía dominante-dominada se consideren ideológicamente nacionalistas, lo que en la práctica se da es un profundo antinacionalismo, ya que, estrictamente, no existe un nacionalismo burgués (el auténtico nacionalismo es socialista) ni, por tanto, una burguesía nacionalista.

A la luz de estas consideraciones, el estudio titulado "La Oligarquía" intenta analizar la concentración monopólica de la estructura económica de México, a partir de los años cuarenta, poniendo énfasis en los efectos que se producen en la estructura de la clase dominante y en el Estado. Para abordar este análisis, el autor, sostiene que existe una categoría analítica básica, imprescindible para cualquier pensamiento con

pretensiones explicativas de la realidad mexicana contemporánea: la oligarquía.

La oligarquía es, según Aguilar, un concepto histórico y dialéctico, que designa a esa pequeña fracción de la clase dominante que existe en cualquier sociedad clasista y que controla la mayor parte de los medios de producción. En el desarrollo de esta definición, el autor refuta la tesis que identifica a la oligarquía con una aristocracia terrateniente y la que niega la existencia de la oligarquía, pero admite la existencia de élites o capas superiores de la burguesía.

Por otra parte, sostiene el autor, la oligarquía mexicana adquiere su especificidad en el marco general del subdesarrollo. A diferencia de las oligarquías norteamericana y europeas, la nuestra se desenvuelve dentro de un desarrollo industrial incipiente y tardío, subordinado a los intereses de los monopolios; en un débil sistema crediticio que dispersa los recursos en actividades productivas e improductivas y frente a un creciente capitalismo monopolista de Estado, en donde éste asume, entre otras funciones, la de intermediario que suministra recursos financieros a las empresas privadas, nacionales y extranjeras.

Este marco estructural, aunado al hecho de que las empresas han desarrollado una extraordinaria capacidad de autofinanciamiento, permite diferenciar a las oligarquías de los países subdesarrollados, de la fracción del capital financiero analizado por Lenin y Hilferding, en donde se operaba la función clásica entre el capital industrial y el bancario: "O sea que, si por 'oligarquía financiera' hemos de entender la que resulta de la fusión tradicional entre la banca y la industria, podría decirse que sólo una parte, probablemente pequeña, de la oligarquía mexicana podría considerarse como tal. En cambio, si el carácter 'financiero' se hiciera proceder esencialmente, no de una forma concreta de combinación del capital que incluso suponga el control directo de parte de los bancos, sino del hecho de que bajo el capitalismo monopolista se combinan las más diversas actividades y aun se ensamblan en los grandes consorcios la función propiamente productiva y la financiera, y en un sentido más amplio, de que las mayores concentraciones de capital descansan en un complejo aparato de intermediación 'financiera' —del que desde luego forma parte la banca, pero también el Estado y otros intermediarios— es indudable que, en ese sentido, podría con toda propiedad designarse a la oligarquía en su conjunto como 'oligarquía financiera'" (p. 109).

La oligarquía mexicana contemporánea tiene su origen, según Aguilar, en la segunda mitad del siglo pasado, a partir del triunfo de la reforma liberal y coincidiendo con el triunfo del capitalismo como modo de producción dominante en la economía mexicana. Esta oligarquía, que se consolida durante el porfiriato, sufre una ruptura con la revolución de 1910, y sólo una fracción de ella subsiste y coexiste actualmente con una nueva oligarquía. Esta última se formó al amparo de la política económica del Estado, con la dirección capitalista que tomó el país y particularmente con la acelerada industrialización que se produce a partir de las reformas cardenistas.

Es en este marco en el que se consolida la oligarquía mexicana como el sector dominante de la burguesía nacional dependiente. Pero entendamos este doble carácter señalado por el autor: la oligarquía es nacional en tanto que los gran-